



## **Book of Honors for Empress Maria of Austria Composed by the College of the Society of Jesus of Madrid on the occasion of her death 1603**

*Antonio Bernat Vistarini, John T. Cull  
y Tamás Sajó*

Early Modern Catholicism and the Visual Arts Series, vol. 5, Filadelfia, Saint Joseph's University Press, 2011

María de Austria, primera hija del emperador Carlos V e Isabel de Portugal, hermana de Felipe II y madre de Rodolfo II, fue, entre 1564 y 1576, emperatriz consorte del Sacro Imperio Romano Germánico gracias a su matrimonio con Maximiliano II, al que proporcionó una amplísima descendencia. Tras el fallecimiento de Maximiliano en 1576, retornó apresuradamente a España desde Viena, y vivió el resto de su vida enclaustrada en el madrileño convento de las Descalzas Reales. Como su hermana Juana, María evidenció a lo largo de toda su vida un acentuado celo católico, una actitud beligerante frente al protestantismo o ante cualquier forma de herejía, y, en especial, una enorme devoción hacia la Compañía de Jesús y su amplia labor educacional. Ello explica que, a su muerte, acaecida en 1603, legara a los jesuitas del recientemente fundado Colegio de Madrid (1566) la práctica totalidad de sus posesiones, lo

cual hizo posible, al poco tiempo (1608), la creación del famoso Colegio Imperial de la capital hispana. Como manera de expresar su gratitud ante tan generosa donación, los jesuitas madrileños diseñaron en su honor un completo programa de exequias funerales que constituye, además, un excelente ejemplo de la afición de la Compañía por llevar a cabo sus conmemoraciones mediante celebraciones públicas acompañadas de recitales poéticos y exhibición de figuras emblemáticas, tradición que se encontraba ya firmemente arraigada en el momento de la presente celebración.

La descripción de estas exequias, junto a la reproducción grabada de los jeroglíficos empleados en las mismas, fue recogida en el *Libro de las honras que hizo el Colegio de la Compañía de Jesús de Madrid a la M. C. de la Emperatriz doña María de Austria fundadora del dicho Colegio, que se celebraron a 21 de abril de 1603* (Madrid, Luis Sánchez, 1603), uno de

los ejemplos españoles más eminentes del género de las celebraciones funerarias en la España de los Austrias. La monografía que ahora reseñamos, *Book of Honors for Empress Maria of Austria*, constituye la esperada edición crítica de aquel importante volumen, cuidadosamente preparada por Antonio Bernat, John T. Cull y Tamás Sajó, reconocidos especialistas internacionales en el estudio y edición de los libros de emblemas, y primorosamente editada por Saint Joseph's University Press, de Filadelfia, en su ya prestigiosa serie *Early Modern Catholicism and the Visual Arts*. Nos ofrece la primera edición moderna –y única hasta la fecha desde la príncipe de 1603– de una obra rara, de la que se conocen muy escasos ejemplares en bibliotecas públicas, poniendo a disposición de investigadores y curiosos una información hasta ahora difícilmente accesible, con una inmejorable calidad en la reproducción de los materiales gráficos.

Prácticamente desde que se iniciaron en nuestro país los estudios de Emblemática, hace ya más de tres décadas, una de sus vertientes más sugerentes y fructíferas, sustentada tanto por estudiosos de la Historia del Arte –para sus aspectos visuales e iconográficos– como de la Literatura –para su dimensión y valores textuales–, ha sido el análisis de las descripciones o relaciones de festividades públicas y exequias funerarias. Bien sabido es que, durante los Tiempos Modernos, tanto en Europa como en el Nuevo Mundo se erigieron en plazas, calles o iglesias abundantes construcciones efímeras con ocasión de determinados acontecimientos o conmemoraciones –coronaciones, matrimonios, nacimientos o muertes si nos referimos al contexto concreto de la institución monárquica–, habitualmente ornados con un meditado programa esculpido y pintado de alegorías, cuadros o jeroglíficos alusivos a aquello que se celebraba, o a la persona concreta en cuyo honor o memoria se habían edificado. Estas arquitecturas formaban parte de espectácu-

los integrales cuidadosamente planificados, en los que no faltaban música y canciones, declamaciones poéticas, representaciones dramáticas, bailes, procesiones o paradas, sermones, etc. Como se explica con detalle en la introducción del libro que ahora reseñamos, la finalidad de estos montajes y de su aparato icónico, además del mero entretenimiento, era servir de vehículo para el adoctrinamiento religioso y la propaganda oficial: aprovechando la asistencia masiva de la población a estas celebraciones, las alegorías, pinturas y emblemas se destinaban a la formación didáctico-moralizante de los espectadores, y a la glorificación y justificación de la dinastía reinante, poniendo de manifiesto con esta imagería retórica la ejemplaridad de su gobierno.

Para el caso concreto de las exequias funerarias, su objetivo esencial era exaltar y afirmar, como ya señalara Víctor Mínguez, «el carácter dinástico de la monarquía» en un momento crítico –la muerte del rey– de gran incertidumbre y aprensión ante el futuro inmediato; resulta por tanto políticamente necesario salvaguardar la institución real y, en consecuencia, la estabilidad social asegurando la perpetuidad de la sucesión familiar mediante la glorificación tanto del difunto como de su sucesor. En este propósito desempeña un importante papel el catafalco funerario, construcción provisional de madera pintada con un habitual diseño en forma de baldaquino que cubría la tumba del fallecido. Normalmente instalada en el crucero de los templos, esta arquitectura era producto de una compleja elaboración en la que intervenían arquitectos, artistas y artesanos, y reunía un nutrido programa político y propagandístico con escudos de armas, trofeos y numerosas velas destinadas a infundir al espectador, con su brillante resplandor en la penumbra de la iglesia, la necesaria admiración reverencial frente a la grandeza y majestad del fallecido. Ese carácter imponente y majestuoso del monumento debía comunicar la eminencia y

virtud de la monarquía, encarnación terrena de la divina voluntad, por medio de su decoración grave, lúgubre y ostentosa. Ha sido Steven N. Orso –*Art and Death at the Spanish Hapsburg Court: The Royal Exequies for Philip IV*– quien ha puesto de manifiesto con gran detalle los elaborados procedimientos rituales observados en la corte española de los Habsburgo para celebrar exequias reales en conmemoración de la muerte de un monarca, con un protocolo rígidamente jerarquizado y codificado. Tal tipo de celebraciones normalmente se llevaba a cabo unas seis semanas después del deceso, lo que proporcionaba el tiempo suficiente para la adecuada planificación y ejecución de un programa iconográfico y de festejos para el que normalmente no se reparaba en gastos.

Las *Honras* de María de Austria, el primer libro de este tipo en España que incluyó ilustraciones de los jeroglíficos, es obra de difícil clasificación: los responsables de la edición moderna reflexionan en la introducción sobre si nos encontramos ante un producto muy elaborado de la categoría semiautónoma de las *Relaciones de sucesos*, o si el sermón funeral incluido en la misma, antigua fórmula de origen grecorromano recuperada en el Renacimiento, y todo lo que le acompaña, deberían ser considerados como género independiente. Además, en comparación con otros ejemplos similares, este libro presenta ciertos rasgos singulares: las celebraciones resultan mucho menos elaboradas y ostentosas que en otras manifestaciones del género, debido en parte al hecho de que no se trataba de un evento patrocinado por el aparato del Estado, sino más bien una modesta ofrenda de gratitud dirigida por los jesuitas madrileños a su real benefactora. La elegante simplicidad que caracteriza todos los aspectos de estas honras fue muy probablemente una decisión consciente por parte de sus diseñadores para rendir homenaje a la autoimpuesta austeridad y disciplina de una emperatriz que se

quiso retirarse de las glorias del mundo durante sus últimos años de vida.

La edición del libro consta esencialmente de la traducción inglesa anotada de toda la obra, a la que se adjunta un valioso apéndice facsimilar de la portada y de todas las páginas con jeroglíficos, y una extensa introducción en la que se contextualiza el tratado y se analiza de forma detenida cada una de sus partes: los preliminares y dedicatoria, la descripción de la arquitectura y decoraciones del catafalco y los textos de los epitafios, el sermón funeral –con una interesante aproximación a la figura del orador–, una descripción de los jeroglíficos, con una tabla-resumen de los mismos, y una alusión final a los poemas anónimos con que finaliza el libro, que parecen ser resultado de una competición o torneo poético mantenido en el Colegio Jesuita de Madrid, práctica no infrecuente en este tipo de instituciones. En cuanto a los jeroglíficos, los editores no pueden asegurar, a la luz de la información hoy disponible, que los publicados en el libro de Honras sean un ajustado y fiel correlato de las correspondientes pinturas que ornamentaron el catafalco. Los grabados xilográficos que nos han quedado de estos emblemas resultan algo rígidos y toscos, casi ingenuos en su ejecución, si bien manifiestan una «intensa expresividad», de acuerdo con la tónica general de las *picturae* emblemáticas impresas en España, que les permite alcanzar con eficacia su instructivo propósito; por otra parte, resultan sensiblemente austeros en su configuración, con cartelas de enorme simplicidad que evitan cualquier decorativismo, llamando además la atención por la intensa presencia de figuras en negro, que los autores de la edición atribuyen sin reservas a un efecto intencional en relación con el ambiente de tristeza y luto adecuado a la ocasión. Por lo demás, el imaginario de esta colección de símbolos mortuorios resulta bastante convencional en el marco de la iconografía dinástica y funeraria del momento: águila bicéfala im-

perial con sus aguiluchos con coronas reales, el sol, dragones y harpías, esqueleto con guadaña..., refuerzos visuales muchos de ellos del sermón funeral que exaltan esencialmente la fidelidad, virtud y religiosidad de la reina como ejemplos que han de ser exaltados e imitados por sus leales súbditos.

Nos encontramos, pues, con una nueva y valiosa aportación del tándem Antonio Bernat-John Cull, responsables, entre otros muchos trabajos sobre la vertiente emblemática y alegórica de la producción de diversos autores de nuestro Siglo de Oro, del imprescindible *Diccionario Akal de Emblemas Españoles Ilustrados*, y de la colaboración de

ambos con Tamás Sajó, de la que ya surgiera *Studiolum*, editora digital de obras de los ss. XVI y XVII vinculadas con los ámbitos del Humanismo y la Emblemática. Los estudiosos del género debemos congratularnos con la disponibilidad de herramientas de calidad como la presente, que faciliten el acceso a las obras clave de la tradición emblemática, reafirmandolas, además, en el puesto que se merecen dentro del repertorio esencial de fuentes gráfico-textuales de la Edad Moderna hispana.

José Julio García Arranz  
Universidad de Extremadura